

R E V I S T A

DE

ESTUDIOS EXTREMEÑOS

XL

MAYO-AGOSTO

1984

Ecós krausistas en *Mar de fondo*, novela de un extremeño

El «Boletín» de la Institución Libre de Enseñanza anuncia (Bile, 3, 1879, número 184) el fallecimiento del profesor auxiliar Francisco Rebollo en el local mismo de la Institución. Dos días antes, al término de una clase, Rebollo había sufrido un ataque cerebral; para un maestro que, como los institucionistas, muestra un sentido casi sagrado de su profesión, puede decirse que había muerto «al pie del altar». Vicente Cacho VÍu, en su obra pionera *La Institución Libre de Enseñanza* (Rialp, Madrid, 1962, pág. 489), se hace eco de este acontecimiento, aunque sin aludir a la naturaleza extremeña del finado. Cabe suponer que el docto catedrático no ha conocido la novela de Rebollo.

En efecto, esta obra, intitulada «borrador de una novela», ofrece un interesante prólogo, donde Hermenegildo Giner de los Ríos nos indica la génesis de la misma, así como algunos rasgos de su autor. Periodista con ardientes ímpetus polémicos, ateneísta habitual, buen orador, «por todas sus concepciones, así sociológicas como económicas, religiosas como políticas, era genuina y esencialmente demagogo», dice el menor de los Giner. Como tantos otros extremeños, Rebollo se educó en el Seminario y marcha a Madrid con los albores revolucionarios de «La Gloriosa» (1868). No me resisto a transcribir el párrafo en que D. Hermenegildo intenta explicar el carácter de Rebollo acudiendo a sus raíces ancestrales: «...llega desde su provincia (Extremadura), con todo el frenético entusiasmo del meridional y toda la reposada tranquilidad del castellano. En esa naturaleza híbrida, mejor dicha, extraña, de los hijos de Extremadura, se funden los elementos más heterogéneos de la península ibérica. Africanos por temperamento, que se revela en el tipo, no hay pueblo del Norte que atesore mayor astucia ni reflexión ma-

yor. Así se explica que los grandes poetas extremeños posean, a la par, la sublime intuición de la idealidad y los más tiernos movimientos de la pasión. Y es que la reflexión poderosa constituye el nervio de aquellas inteligencias y el sentimiento en sus manifestaciones geniales, ora templadas, ora avasalladoras, aparece siempre como virtud ingénita en dichos espíritus. Espronceda, Donoso, Ayala, pueden servir de tipo al carácter extremeño; y a decir verdad, en cada hijo de Cáceres o de Badajoz se repiten los Ayala, los Donoso, los Espronceda, bien exagerando sus preeminentes facultades, bien rebajando sus debilidades características.» (Pp. VIII-IX).

Curiosa definición del tipo extremeño, realizada por un hombre como Hermenegildo Giner que, por su adhesión al krausismo, no participaba de las tesis positivistas. Parece que está delineando aquí el sendero que más tarde seguirán otros, y especialmente José López Prudencio, en sus estudios sobre literatura extremeña. Sin duda, en las antípodas de Unamuno, quien en carta a Francisco Giner de los Ríos le expone la situación lastimosa en que se encontraba por entonces la Universidad salmantina (Diciembre de 1905) y considera a un colectivo entre los máximos culpables: «Hay entre la estudiantina médica —escribe Don Miguel— un grupo de pseudoestudiantes achulados y matones, los más extremeños —Extremadura está por civilizar—, de los de zamorra, que tocan la guitarra, comen picante y llevan navaja que son los que promueven todas estas cosas. Y los pocos, poquísimos estudiantes que tienen amor al estudio, se acoquinan.» (Unamuno *Agitador de espíritus*, y Giner, *Correspondencia íntima*, Narcea Ediciones, Madrid, 1977, pág. 74, por D. Gómez Molleda.)

Aunque tal vez no están tan lejos Unamuno y D. Hermenegildo, quien termina así su caracterización de los extremeños: «Indolente y sagaz, impresionable y reservado, indómito y bondadoso, atrabiliario y cuerdo, valiente y apacible, así es por lo general el tipo, y así era Rebollo: una naturaleza semisalvaje y semicortesana, simpática siempre, incubada en el romanticismo y desenvuelta en el naturalismo de la revolución, que formaba su credo y su ideal permanente.» (Ibidem, pág. IX.)

El antiguo estudiante de Teología, licenciado después en Derecho, trabaja en el bufete de Estanislao Figueras. Poco dura su oficio de pasante junto al primer Presidente de la República: Rebollo, llevado por su personal bohemia, prefiere la vida libre del periodista decimonónico. No obstante es fiel, hasta la muerte, a sus tareas como profesor interino de Literatura en la ILE. Fruto de este quehacer es la novela ahora comentada.

Mar de fondo (establecimiento tipográfico de Lucas Polo, Madrid, 1888), «informe montón de cuartillas que recibí años ha de manos de un hermano suyo» —escribe D. Hermenegildo—, es una autobiografía que Rebollo dejó sin terminar, encargándose aquél de completarla en la línea bocetada por el extremeño. Don Hermenegildo considera a éste el auténtico autor de la novela, cuyos méritos literarios no debían parecerle grandes, pues dice: «En cuanto a la novela, *Mar de fondo*, no he de ser yo quien la juzgue: sí diré que valía infinitamente más el autor que la obra» (pág. XIII). Desde luego, adolece de falta de unidad, notándose excesivamente esa sensación de retazo, de pieza zurcida, que una génesis como la de *Mar de fondo* con dificultad elude. Ahora bien, estamos ante una de las primeras novelas contemporáneas (recuérdese las poco conocidas de Carolina Coronado) cuyos personajes, ambientes y problemática son extremeños. Con el aliciente añadido de que la por nosotros comentada fue compuesta por un hombre (dos) de mentalidad claramente renovadora. Puede decirse que, junto a su intención autobiográfica, *Mar de fondo* constituye una magnífica exposición del estado espiritual que a finales del siglo XIX vivía la capital badajocense.

La obra presenta no pocas semejanzas con *La Regenta*, de Clarín. Don Víctor Igual de la Concha, canónigo magistral de la Catedral de Gaudencia (Badajoz) y rector del Seminario, conocido en la diócesis por el alias de «Perla del Cabildo», es una figura central en *Mar de fondo*. Adviértase, no obstante, que el asturiano, hombre también afecto a los ambientes krausistas, publicó su famosa novela en 1884... cuando ya hacía un lustro del fallecimiento de Rebollo. He aquí cómo describe a este ejemplar de clérigo ilustrado: «La vasta multiplicidad de sus conocimientos, la amenidad de su trato, el porte distinguido de su persona y el tacto delicadísimo con que ha resuelto en más de una ocasión los conflictos ocurridos en la cámara episcopal, le han hecho sin duda merecedor de este título que trata de justificar aunque sin mostrarse jamás envanecido. Discreto, conciliador, templado, sobrio de lenguaje, conoce perfectamente la época en que vive y la clase o medio social en que se halla colocado, procurando apartarse con exquisito esmero de lo que él llama la doble repercusión de las extremidades» (Pág. 6).

Las simpatías de Rebollo por D. Víctor, mucho más coherente en su línea de conducta que el Don Fermín de *Vetusta*, recuerdan la que experimentaban los krausistas por sacerdotes generalmente alejados de la institución eclesiástica: García Blanco, Lázaro Bardón, Tomás Tapia y, sobre todos, Fernando de Castro. El rector del Seminario de Gaudencia se distingue por su espíritu claramente pro-

gresista: «No se le oculta que el siglo es de análisis y de discusión; que las teorías más atrevidas y los menos verosímiles conceptos toman puesto de combate en jornadas donde la ciencia congrega sus mejores y más aguerridas huestes y llegan muchas veces a dar la batalla con éxito a doctrinas y principios que las viejas sociedades consideraban indiscutibles; estudia con interés el movimiento científico de Europa en los últimos cincuenta años; investiga con anheloso afán las causas que han podido determinar decadencias visibles en las instituciones para él queridas y respetadas; sigue paso a paso el desenvolvimiento de la crisis social, calcula su alcance y es en suma el Rector de San Gervasio un hombre tan estudioso y tan ávido de saber, que suele tener con frecuencia la siguiente frase en los labios: "Desgraciado el hombre que al acostarse, sabe lo mismo que cuando se levantó"» (Págs. 6-7).

El contrapunto de este eclesiástico, miembro del clero regular, es el fraile benedictino que lleva el vice-rectorado. (Y no se olvide que este puesto era el verdaderamente clave para la marcha del Seminario de San Atón, aquí San Gervasio). El P. Martín, antítesis de Don Víctor, será quien persiga al joven Carlos Rafal hasta expulsar del centro al protagonista de la novela. Este joven, licenciado antes en Derecho por la Universidad madrileña, venido al Seminario sin vocación, es el alias de Francisco Rebollo, convenientemente retocado.

La vida en el Seminario se nos describe con notas sombrías: «Allí jóvenes de catorce a veinte o veinticuatro años por punto general con verdadera exuberancia (sic) de vida, van a sepultar los más esplendorosos días de su juventud» (Pág. 28). Allí lleva cuatro cursos Rafal, obligado a recorrer en clase «las frías inmensidades de estos desiertos mundos teológicos» (Pág. 37). Se entiende que, ante su íntimo Escobedo, analice así la situación:

«Aquí se conoce a Dios por decretos de igual manera que se conoce en el mundo político un gobierno, por la Gaceta. Si hay algún espíritu que procure levantarse algo más del nivel ordinario, y pretenda embellecer por *las sublimes armonías de la razón y la conciencia las antiestéticas angulosidades del Dogma* preceptivo, inmediatamente te sale al encuentro alguna disposición conciliar, un texto parabólico de los sagrados libros o la austera figura de un Santo Padre...» (Pág. 38). Las palabras que hemos destacado muestran bien los obstáculos que encontrarían los defensores del racionalismo armónico krausista para conciliar sus tesis con la fe cristiana. El mejor ejemplo de esta difícil armonización fue la pugna establecida por la época en que fue escrita la novela entre Tomás Romero de Casti-

lla, catedrático del Instituto, ex-seminarista y ex-profesor de San Atón, y el canónigo Fernández Valbuena; sus filosóficas polémicas pasaron a formar un interesante volumen.

Carlos Rafal explica así los lances últimos vividos en San Gervasio:

«Mi propósito, mi locura si quieres, era decir ante todos la causa de la expulsión, y ver si lograba con tal procedimiento despertar un poco aquellas inteligencias atrofiadas de los semisalvajes seminaristas, que están educándose para perdición de ellos y de la sociedad en que vivan mañana» (Págs. 80-81). Poco después afirma que los eclesiásticos se perderán por su intolerancia, y razona así: «En el siglo XVI eran un Erasmo de Rotterdam y un Lutero los que protestaban; en el siglo XIX será la sociedad entera la que se les vendrá encima» (Pág. 81).

En el capítulo XII, dedicado al alcalde Don Bruno, se nos ofrece una como antelación del *Jarrapellejos*, de Felipe Trigo. «El alcalde de Villapobril —escribe Rebollo—, pueblo natal de Carlos, es uno de los muchos tipos que el caciquismo municipal en mal hora desarrollado por nuestras rebajadas contiendas políticas, ha venido a perpetuar como para entorpecimiento de nuestra regeneración, y para castigo en el presente caso de los habitantes de Villapobril. Egoísta y ambicioso, depravado él, hipócrita a la par, considera en su *parda y labriega filosofía* la cosa más natural del mundo, servir a todas las situaciones políticas, bajo el pretexto de que los pueblos necesitan antes que nada administración; siempre tiene la habilidad de eliminarse oportunamente del campo de los vencidos. Enriquecido con la desamortización, que representa para él una serie de fraudulentas y escandalosas depredaciones, por haber alcanzado con sus amaños que los bienes de aprovechamiento común del pueblo excluidos, como se sabe, de la venta, se tornaran enagenables (sic), dándoles carácter de propios, hace ya treinta años que no paga género alguno de contribución; para lo cual se ha creado un sistema especial de amillarar la riqueza.»

«Pietista, agitador incesante, servil eterno de los diversos diputados del distrito, recorre cuando le conviene, con una prodigiosa actividad la distancia que le separa de la capital de la provincia, o se traslada a la corte, si los asuntos no pueden resolverse en aquella, y no descansa ni un segundo, haciendo humildes y denigrantes bajezas con su sistema de visitar siempre lo mismo a los que apoyó, que a los que haya combatido en elecciones, hasta conseguir la resolución favorable del asunto que traiga entre manos, que por cierto nunca tiene nada de limpio. Esto no obsta para que a su vuelta al pueblo ponga como ropa de Pascua a los *pillos* señoritos que se

comen en Madrid el sudor de los pueblos; y diga en pleno casino o círculo de recreo de los labradores, que la verdadera pureza e inocencia está en las pequeñas ciudades. No referirá seguramente que alguno de estos *pilllos* cortesanos se escandalizó de la impudente moral del campesino, que viene a ser la de la mayor parte de estos regeneradores de cortijo y ovejas; pero sí continuará asistiendo a todas las ceremonias religiosas de la villa; comulgará el Jueves Santo con el cabildo municipal; gritará mucho en la plaza sobre lo exorbitante de los impuestos que no paga; recibirá y hospedará en su casa al Prelado y al Gobernador civil cuando se les ocurra ir al pueblo; dirá siempre «buenas tardes» con afabilidad a las sencillas aldeanas que se enorgullecen al ver un señor tan llano, y continuará, sin embargo, prestando con mucha naturalidad, como un favor distinguido, al cuarenta por ciento sobre las mieses no recogidas, y procesando a su vecino por haberse quejado sin razón de que D. Bruno le arrebató tantas hectáreas de terreno, variando los linderos de su finca. Es verdad que el íntegro Don Bruno puede decir a cambio de estas pequeñas menudencias que no ha sido procesado jamás, ni pidió cinco duros prestados: con lo cual ha de tener en buena lógica rural, patente de hombre de bien» (Págs. 86-87).

Rebollo conoce a la perfección el tipo que describe. Su animosidad contra el cacique aparece nítida. Cuando Carlos Rafal, a quien Don Bruno ha hecho una mala faena, lo agrade físicamente, el novelista tal vez está desahogado a través de su protagonista la rabia que siente.

Figura también simbólica, expresión de un colectivo bien poco simpático para Rebollo, es el padre jesuita al que apodan «El voltariano Déspi»: tanto es el cinismo y la capacidad de intriga que habitualmente desarrolla. Hombre de nulos principios, proclama que persigue sus objetivos apostólicos sin reparar en medios; sólo teme «a los racionalistas de todos los colores que salen de la Universidad y van a plantar sus estandartes en los Ateneos o en las Cátedras, o a los políticos emancipados en Religión que arrastran un partido por igual camino» (Pág. 112). Rebollo recoge así el inevitable enfrentamiento que en las instituciones educativas se daba entre los religiosos, jesuitas sobre todo, monopolizadores tradicionales de la enseñanza, y las nuevas generaciones formadas en contacto con el krausismo. Por otra parte, el padre Déspi es capaz de hacer este análisis de su congregación: «La historia de la Compañía, señor D. Prudencio —le dice a un amigo— es una serie de triunfos comprados muchas veces a precios exorbitantes. Y sólo así, a poco que V. reflexione, comprenderá que hayamos podido resistir por espacio de tres siglos las terminantes protestas de la opinión, extraviada

por la malevolencia envidiosa de claustros tan poderosos como la Sorbona y Salamanca; la oposición furiosa algunas veces de reyes como Enrique IV de Francia, Carlos III de España y otros que habían jurado el exterminio de la Sociedad; las insidiosas maquinaciones de las otras órdenes religiosas, especialmente los Dominicos y Agustinos que denunciaban cada día a la Silla Apostólica proposiciones de nuestros más distinguidos teólogos; la hostilidad mal disimulada de Pontífices, que no comprendieron sus intereses; la sorda oposición del clero seglar (sic); las intrigas de los cortesanos y un infinito catálogo, en suma, que casi nos daría derecho a decir, con tanta razón como los expositores sagrados, que los orígenes de la Compañía son *divinos*, y constituyen un motivo de credibilidad como los de igual naturaleza en la religión» (Pág. 106).

En estrecha relación con el P. Déspi anda la condesa Delavilla, aristócrata intransigente, en cuya mansión tenían lugar las reuniones de la gente bien. Rebollo describe la dictadura que aquella sabe imponer: «Para frecuentar la casa de la condesa, y para unirse a alguna medio distinguida familia de la población, las mujeres necesitaban ser hijas de María; los hombres, soldados de Cristo. No había medio. Talento, virtudes, abnegación, carácter, y demás circunstancias que no fuesen aquella, producían el más completo aislamiento para la persona que no seguía la corriente general, y muchas veces hasta la perseguía el descrédito de las gentes, que de buena fe consideraban de mala conducta a quien no confesaba y comulgaba una vez por lo menos, al mes... Estar en Gaudencia cuatro horas, y no oír veinte veces durante ellas la campana de la Catedral o la de otra parroquia o santuario cualquiera, llamando a un acto religioso, era caso muy raro. Así era la condesa, así era el pueblo» (Págs. 134-35).

Parece lógico que se intente salir de la atmósfera asfixiante descrita, independizarse de la tutela clerical que, más que ayudar, ahogaba. En la misma línea, el autor ridiculizará los pretendidos saberes de los profesores del Seminario. Amante de la ciencia rigurosa, como hombre cercano al krausismo, Rebollo introduce un personaje grotesco: «Le tenían en el Seminario por un profundo teólogo que sabía mucho más de lo que mostraba. Su lenguaje de parábolas cortadas y sus reticencias picarescas, que solían terminar casi siempre con un «¡bah!» magistral y concluyente habían venido a firmar un crédito de sabio que no sabemos ciertamente si merecía. Sólo diremos que en pasajes o puntos determinados jamás se le había oído citar un texto de San Agustín, Santo Tomás, Tertuliano, Orígenes y demás autores que tan en boga se hallan siempre en las Cátedras

de Teología, pero era el primero en todas las ocasiones, cuando se citaban opiniones o doctrinas de cualquiera de aquéllos en exclamar con su tono sentencioso:

—Santo Tomás. ¡Oh sublime! Tertuliano. ¡El gran Tertuliano! ¡Ah!, soberbio. Las obras de... ¡Cáspita! Lo mejor que se había escrito. ¡La ciencia teológica! Oh, señores: es la primera y la única puede decirse de todas. Los demás conocimientos que se adornan con el título de ciencia no son más que pedanterías de este siglo pequeño e impío» (Pág. 148). Un sujeto así no podía menos que desarrollar clases de este tenor: «Señores, la materia de hoy es trascendental: la Gracia: ya ven ustedes, es grave, muy grave; se ha hablado y se ha escrito mucho de esto; unos la han negado, otros la han exagerado: yo sólo diré a VV. que Dios, la suprema ciencia, la omnipotencia increada, la primera virtud, la única luz, etc., etc., lo puede todo y sin él no se hace cosa alguna; esto es evidente y... añadía dando con el puño sobre la mesa: ¡desgraciado del que lo niegue! Mediten sobre esto y traigan para mañana las cuarenta líneas que siguen. Tosía con gravedad y salía de clase» (148).

Rebollo, que sin duda conoce la fuerte polémica establecida por entonces entre los recientes institutos nacionales de segunda enseñanza y los seminarios y colegios religiosos, donde tradicionalmente venían preparándose para la universidad los estudiantes, toma claro partido contra estas instituciones anquilosadas, cuyos métodos pedagógicos, como acabamos de ver, ridiculiza.

Las dudas que el propio autor ha debido experimentar, el debate entre sus antiguas convicciones y las nuevas luces adquiridas con el tiempo, quedan ejemplificados en las cavilaciones del protagonista. Este, conversando con su amigo, se autoanaliza con agudeza. Defiende paladinamente el panteísmo, punto máximo de fricción entre krausistas y católicos contemporáneos. He aquí sus disquisiciones:

«La emancipación debe transportar al hombre a una región serena, donde se acallen todos los escrúpulos, y si no, no es verdadera emancipación. No sé a qué atribuirlo, Fernando: acaso la influencia de las primeras nociones religiosas que uno ha recibido, y a las cuales es muy difícil sustraerse; acaso la preparación defectuosa del espíritu, o la vista incompleta de verdades que deben tener un carácter absoluto ante la conciencia, y que no se aclaran... pero la verdad es que me siento con una escasa firmeza, y no me atrevo a aceptar ni rechazar nada de plano. Las verdades teológicas y filosóficas se me presentan a cada instante en confuso y tumultuario desorden allá en mi pensamiento. Unas veces predominan aquéllas, otras predominan éstas. Es una horrible, espantosa y permanente

algarabía. La conciencia me suele dar conclusiones claras. ¿Pero quién garantiza esta claridad? ¿Es la misma conciencia? Entonces, cuando yo me coloque en una falsa relación, y ya sabes que esto no es difícil, como no lo es perseverar (sic) en ella por espacio de años y años... ¿quién me está garantizando esta falsedad? La misma conciencia de antes. Dirás que no ha sido bien interrogada, que he tomado tal vez un punto de partida equívoco, lo que quieras; esto no impedirá que se haya formado un falso estado de conciencia, y que durante su imperio se haya dogmatizado a tenor de él, pretendiendo que se veía luminosamente. Además, yo procuro indagar con delicadísimo análisis los conceptos fundamentales de causa, unidad, totalidad, espacio, etc., y en todos ellos me voy insensiblemente, sin darme cuenta remota a una especie de Panteísmo menos material, sin duda, que el de Espinosa, mejor dicho a una especie de Panteísmo espiritual, que, o me anubla del todo la vida trascendente que yo presiento, o me la deja tan incolora que no veo a Dios. Y esto es horrible, Fernando. No ver a Dios ni creer en la otra vida me mataría. La teología católica, por otra parte, me abruma con su código preceptivo, y con su teoría penal. Allí se lo dan todo resuelto, definido, con dimensiones concretas, con perfiles acabados, con soluciones casuísticas y taxativamente amoldadas; no falta nada; es una religión por decretos, que lo mismo se crea el mundo, que se encierra en un canon la infinitud y la eternidad. Tanta claridad me deslumbra, y viene a producirme iguales tribulaciones. Pero al fin, me da resuelto a Dios, me da resuelta la otra vida y me presenta una autoridad de muchos siglos. ¿Por dónde voy más en firme? No lo sé. Cuando profundizo en mi conciencia se me abren anchurosos y luminosísimos caminos; mas al querer marchar por ellos, la superstición y la teología me hacen equivocarse los derroteros. Caminando por unos, voy acobardado; entrándome por otros, llevo los mismos temores. ¿Cuántos hombres van en mí?» (Páginas 159-161).

La muerte repentina del P. Martín, acuciado por una doble y antagonista instancia moral, urgido por deberes antitéticos, recibe esta explicación del magistral: «Un esclavo de la Religión toda su vida, muere al fin víctima de sus deberes religiosos, ¡juicios impenetrables de Dios! ¿Qué podía más en el padre Martín, la conciencia o la religión? Ciertamente que bien dirigidas una y otra, deben darse en perfecta e indisoluble armonía, pero como el exagerar extremos que tienden casi por naturaleza a separarse (...) en cuanto conciencia significa la concepción espontánea de su propia esencia, y virtualidad, sin pauta o motivo exterior que no sea ella misma, y la Religión es el símbolo de estas mismas concepciones, encerradas

concreta, taxativa, detallada y causticamente en el articulado de un código. Exagerar la primera es quizás llegar al racionalismo; ceñirse estrictamente (sic) a la segunda, no viendo en ella más que la letra, es parar sin remedio en el fanatismo ciego y cruel de una falsa moral. Sobre todo se corre el peligro de poner en frente, y dentro de una misma Religión, Moral contra Moral, y esto es precisamente lo que ha acontecido al padre Martín, y le acontece por desgracia a todos los que en nombre de un mal entendido catolicismo, quieren regular la vida en pequeños programas escritos. Si la lucha del P. Martín hubiera venido por conflicto entre su modo de ver y la Religión, lo habría salvado con facilidad. Pero como vino entre dos Religiones, que aparentaban ser una misma, el hombre entero e inflexible sucumbió...» (Págs. 247-48).

Por último, recogeré las reflexiones finales de Carlos. Solucionados sus problemas jurídicos y morales, va a unirse en matrimonio con Adelaida, la bella sobrina del magistral. Sólo queda una nube: la familia de la novia tiene sus recelos sobre la fe, y, según su lógica tradicional, la ética del joven. Informado a este respecto por Adelaida, responde: «No me sorprende; así son la mayor parte de este desgraciado país. Encuentran un joven digno, laborioso, moral, decente y honrado, pero que duda en materias religiosas, o no le da una importancia de primer orden a los actos de la Religión, y esto basta para que se le impida a todo trance entrar en una familia que blasona de católica; y se acepta en cambio, muchas veces, las más, uno de estos seres prostituidos, gangrenados, sin conciencia, sin aptitudes para cosa útil, si no es consumir en cuatro días la dote de sus mujeres, solo porque asisten con puntualidad a los jubileos y cofradías, y son miembros de tal o cual congregación religiosa» (Pág. 258).

Interrogado por Adelaida sobre la posibilidad —sociológicamente muchas veces planteada en los medios progresistas de entonces— de que una mujer creyente se case con un hombre que no profese religión alguna, Carlos le responde:

«Si se tratara aquí de Religión en frente de Religión, representadas una y otra por el marido y mujer respectivamente, no tendría en efecto el problema fácil solución, porque las Religiones son fanáticas, y una de ellas habría de capitular. Pero en España se presenta por punto general de otro modo. El emancipado en estas materias no se hace luterano, ni judío, ni mahometano, sino racionalista, pero racionalista tolerante, conciliador, que vive al lado de todas las Religiones positivas, porque no da importancia a ninguna de ellas, ni hace tampoco cuestión de gabinete que se mujer vaya

o no a misa.» Ante la sorpresa de Adelaida, que le pregunta si entonces en España no existen los protestantes (recordemos las acusaciones lanzadas en este sentido contra muchos krausistas, tan unidos a la cultura alemana), Carlos contesta:

«Ríete de los protestantes en este país. El que deja de ser católico, no es nada: en este punto la reforma va más lenta, pero más en firme. Y se comprende: proclamar el libre examen y atribuir a la par origen divino a la Relección que la proclama, es el más grande de todos los absurdos.» Finaliza, líneas más abajas, repitiendo ideas ya expresadas anteriormente: «¿Sabes a quién teme el catolicismo aquí? A los racionalistas que salen de la Universidad y plantan sus estandartes en el Ateneo o a los políticos emancipados, que arrastran un partido por iguales caminos. De las sectas disidentes se ríe todo el mundo y hace bien» (Págs. 259-260).

Mar de fondo, defectuosamente construida, con un estilo poco literario, según las muestras aquí citadas permiten ver, constituye, sin embargo, una demostración valiosa de escritura militante en favor de tesis muy cercanas al krausismo. Otros lo intentaron con bastante más fortuna estética (recuérdese, por ejemplo, *La familia de León-Roch*, de Benito Pérez Galdós). Cabe suponer que Rebollo, si las parcas le hubiesen deparado oportunidad, habría perfeccionado su novela. De cualquier forma, quede aquí constancia del intento realizado por el escritor extremeño.

MANUEL PECELLIN LANCHARRO

OCHO POEMAS EXTREMEÑOS

Existe hoy en Extremadura un creciente interés por el estudio de nuestras manifestaciones dialectales. Profesores de la región como Ricardo Senabre, Juan Manuel Rozas, Antonio Viudas, Eduardo Barajas, Pedro Barrios, Eugenio Cortés, etc., etc.; llevan a cabo rigurosas investigaciones en este terreno y dirigen a buen número de estudiantes y postgraduados en el difícil análisis de las hablas locales.

Con el objetivo de facilitar materiales lingüísticos poco asequibles, traemos a la REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, ocho poemas de Ventura Villarubia. Pertenecen al libro *Cantos de las tierras pardas*, editado en Azuaga (Badajoz), Imprenta Manuel Durán, el año 1922, aunque el prólogo, que firma Antonio M. Abellán, está fechado en Jumilla el 31 de Agosto de 1921. Treinta composiciones constituyen esta obra; no obstante, solamente las ocho que reproducimos están escritas en extremeño. Recuérdese que Chamizo publicó su obra básica el 1921. Aparte, pues, el valor intrínseco que para el lingüista pueden ofrecer estos versos, la simultánea aparición de *Cantos de las tierras pardas* y *El miajón de los castúos* es un acicate para su estudio detenido con miras a la historia de la literatura extremeña.

Ventura Villarubia fue un campesino de Granja de Torrehermosa (Badajoz), autodidacta con ideas progresistas que murió en el exilio. Su figura fue objeto de estudio, hace ya algunos años, por parte de José Miguel Castelo.

LA RAZA

GENTE más castiza
que la de mi tierra
en parte denguna
pué sé que se vea.

Si vas par lejío qu' está junto ar pueblo
y ves la rolea
de mozos y mozas que siempre cantando
dan güertas y güertas,
verás que prontito se abre er corrillo
cuantito que allega
arguno que quiere
tomar parte-n-ella;
y cantan canciones mu durces, mu durces,
mu güenas, mu güenas;
que dicen que vienen de tiempos mu viejos
y que no son viejas,
aunque las trujeron gentes que vinieron
de lejanas tierras.

En fin, si jué asina
sólo le interesa
a esos tíos que vienen apuntado cuentos
en una libreta
pa luego escrebirlos en libros mu gordos
y en letras mu negras.

Dicen los pedrólicos
y que nuestra lengua
es mala, mu mala, que la de Castilla
es güena, más güena.

¡Qué poco que entienden!...
 ¡Qué más que quisieran
 hablar en Castilla como aquí se habla!

Es que-l-habla nuestra
 de puro tan dulce
 tan rua y tan fiera,
 no puen dominiarla
 en las académias,
 ni cabe en las hojas de la gramatica
 que dán en la escuela.

¡Qué poco que entienden!...
 Que vengan, que vengan
 a ver si ellos saben icir las cosillas
 que aquí se parrean,
 con tanta durzura,
 con tanta trigteza,
 con tanta alegría
 y con tanta juerza.

¡Qué güeno que-s-esto!...
 Pa mí que la gloria se vino a mi tierra.

Qué alegría tan grande se siente-n-er pueblo
 cuando allega fiesta
 y toca que toca
 la campana gorda que tiene la ilesia,
 y van los mocitos rebustos y juertes
 a beber berulio a arguna taberna...
 y pasan er día
 tarrea que tarrea,
 cantando mu juerte cantares mu jondos
 que no se comprende si ajogan de pena
 o matan de dulce...
 ¡Qué juerga te lian, qué juerga, qué juerga;
 Aluego las mozas
 van a la plazuela
 pa formar el baile
 con una vigüela;

y cuando un mocito coge-l-estruento
y arruña en las cuerdas
dan egcalofríos
de oír las cosillas que salen de ellas.
Empieza la danza
a la usanza nuestra;
los mozos, mu majos,
buscan sus parejas,
y parrando mieles van arrimaitos
aquella que aquella.
Y si por amores o por descordancia
se forma un gregca,
¡verás que bien riñen;
con qué gentileza,
con cuantos reaños...!
¡Señó, si es asina esta raza nuestra!
Mu dura si a malas,
mu dulce si a güenas,
No pueen negarlo
que drento der cuerpo, jirviéndole, llevan
la sangre de iberos
de griegos y certas.
(Esto me lo ha dicho un viejo mu sabio
en la resolana de la solanera.)

Que busquen los hombres que tó lo regüerven,
veremos si encuentran
en parte denguna
gente más castiza que la de mi tierra.

COSAS NUEVAS

—DIME aonde h-s-andao,
so resinvergüenza,
que vienes asina tan desarrapao,
y yo toa la tarde que espera.
¿No sabes que padre
te ijo que juera
a ver si podías coger en las lindes
un saco de yerba
pa echarle ar borrico
en la pesebrera?

—¿Si no-m-acordao!
—Mía como-t-acuerdas
de dir tuneando
por esas callejas.
—¿Yo no he díó, madre
por las callejuela;
—¿Entonce aonde has díó?
Vamos, mala pécora...
¿Por qué me reguñe? ¿Por qué no me miras?
¿Por qué no contegtas?

—Me jui con Sioro
er de tía Neceta.
—¿Y aonde sus juitis?
—Juimos ar lejió, a ver la pelea
de los señoritos

—¿Han tenío reyerta?
—Cá, si es a ver un juego
qu-han traío de ajúera.
¡Y si viea ugté madre qué juego, qué juego!
—¿Cómo es ese juego? ¿A ver? Cuenta, cuenta.
—Pos ascuche, ascuche:
Tienen un cercao con una lambrera,
asín largueao

que le llaman campo y tiene dos puertas
 ca una en ca lao, con dos palitroques
 y dende uno o otro ponen una cuerda.
 Y en medio der campo,
 partiendo la cerca,
 tienen una raya
 señalá en la tierra,
 que es la que señala los campos «destintos»
 (esa palabrita también es de ajuera).
 —¡Cuántas cosas, hijo,
 cuántas cosas nuevas!
 —¡Hay más entoavía
 de lo que ugté piensa!
 —¿Y cómo se llama ese juego nuevo?
 —Se llama er «Balón» pero to er que quiera
 pué icirle «Flu-Glol»
 aunque mejó juera
 llamarle er «juego de pieces y patas»
 por ser con las patas con lo que se juega,
 o también er juego
 de la pelotera.
 —¿Y qué es lo que jacen?
 —¡Buh! ¡si ugté lo viera!
 Jacen «goles», «cuernos»
 sartos, piruetas,
 un «rechifle», madre,
 en medio der campo dirige y pitea...
 —¡No m'hables latine que naita comprendo!
 —¡Si son voces nuevas
 que jacen los sabios!
 —¡Si son que lo sean.
 «Destino», «Flu-glol», «goles» y «rechifle»...
 que a mi no me suena...
 Dime patas, pieces,
 gorpazos y juerza
 y no «latinitis», «Gluglitis», «chiflitis»...
 —¡Que mar que ugté piensa!
 Es que hablando asina se le da más bombo
 a toas las cosas, pa eso las inventan.

—¿Y cómo quearon?

—Dos «goles» por uno, lo ví dende ajuera.

¡Si viera ugte, madre, lo que m'ha pasao!

Estando mirando dende la lambrera

ví que la pelota

vení ercha,

y le dí un «chutío»,

¡Uy! con la caeza,

que subió p'arriba

y cayó p'abajo erecha, erecha;

y gorrí a chutarle

con toas mis juerzas,

y subió tan arta que a mí me parece

que llegó a tromparse con arguna estrella.

Toítos me miraron como con envidia.

¡Qu' aprendan, qu' aprendan

esos señoritos de patas tan blancas

a «chutar» con arte, con gracia y con juerza!

—¡Uy, qué malo eres!

En tó los mortorio tienes una vela.

Pronto viene padre

y er saco de yerba...

—Cállase ugte, madre,

que drento un minuto me voy a por ella.

—¡Qué muchacho este;

que prontito aprende toa las cosas nuevas!

¡Tiene mucho seso! ¡Si este juera estao

puesto en una escuela...!

EL SEGADOR

LIMPIATE er suor, muchacho,
que por tu cara chorrea;
sua, pa que aluego la jambre
no te jaga cer tachuela

Tiende bien la joz, asina,
y doblando la muñeca
dale guerta-s-ar manojo
que no se ajuya un brenca;
y que vaya limpio er tajo,
que la espiga que se quea
esperdiciá e-n-er rastrojo
o regüerta entre la tierra,
es suor de nuestra frente;
es sangre de nuestras venas;
es cuerpo de nuestro cuerpo
y juerza de nuestra juerza.
Y una espiga, aunque sea chica
y escalichá, representa
toíto u' naño de trebajo
de faitiga' si miseria.

Verás como e-n-er invierno,
cuando la canar gotea,
y se cubra tó de nieve,
y trabajar no se puea,
no tendremos que afrentarno
ar que con usura presta,
y churrusco, aunque argo negro,
no fartará en nuestra mesa.

Límpiate er suor, muchacho,
que por tu cara chorrea;
sua, pa que aluego la jambre
no te jaga cer tachuela.

LA RENTA

UGTE no sabe bien lo que pasamos
 los que aramos la tierra
 y zufrimos er sor der meyodía
 y sabemos jablar con la-s-etrella.
 Ugté no ha zufrío jambre
 ni entriende de probeza,
 ni sabe las faitigas
 der probe labraor, si la supiera
 le fartaría valor pa recordarme
 er pago de la renta.
 ¡Que demasiá dejgracia tengo encima
 con no tener un cacho de jacienda.

Yo sé que ugté es mu güeno,
 que tiene ugté concencia
 que la-g-idea malirna
 no le pueen caber en su caeza,
 y endespúe, señorito,
 debe tener en cuenta
 que tengo un chiquetín güérfano y solo...
 ¡Que m'ha caío la negra!
 Que mi mujé s'ha muerto
 de tanto trebajá la engrata tierra
 que n' ha venío erecho, en la senara
 escargó una tormenta,
 y aluego la langosta, qu'en sus cotos
 tó los-años agüeva
 se comió lo poquillo que queaba,
 y cuatro epgigurrina tizonera,
 que salieron alante, no m'han dao
 lo que vale la renta.

Deje ugté su alegría,
 coja ugté mi trigteza,
 póngase ugté-n mi sitio

pa ver bien er negró de la miseria.
 ¡Sin naide junto a uno
 pa endurzarle las penas,
 con un creaturita que no sabe
 der zugo de las tetas...!

¡Señó que dende er cielo
 toa las cosas oserva,
 tú que dende lo arto nunca orvias
 a las presonas güenas...!
 ¡Pa zufrí esta crú que llevo encima,
 señó, dame pacencia...!

Llévese 'r borriquillo si le place
 e-l-arao y la egteba,
 pero...¡no, señorito, no se lleve
 er trigo que se encierra
 en esos pobres sacos...!
 ¡Er trigo que yo y ella
 regamos con suor de nuestra frente
 y dímos la mitá de nuestra juerza!

Piense ugté-n mis dolores
 y en mi mucho zufrir, tenga concencia;
 déjeme ugté ese trigo qu' e-s la vía
 de una creatura tierna.
 Y er señó que lo ve tó dende arriba
 y a tó er qu' e-s güeno premia
 le dará sus fagores
 que yo le peiré dende la tierra.

.
 No llores chiquetín; si semos probes;
 haiga mucha salú, tenga yo juerza
 que si ná nos perdona er señorito,
 pa que tú vivas arruñaré onde quiera.

EL MUCHACHO

¿NO sabes que 'r- chico
está namorao?

—¿De veras? ¡Muchacha me llenas de asombro...!

¿Quién te lo ha contaó?

—Naide me lo ha dicho;

yo lo he devinao,

porque pa una madre no puen los hijos

tené na tapao

—A vé, mocosíño,

ve-n-aquí a mi lao.

Díme de un jipío

si lo que tu madre m-ha secreteao...

¡Pero no te pongas asina tan corto

y tan aquellao...!

—¿Que l-has dicho, madre?

—¡Que m-he fe gurao

que ya no me quieres!

—¡Que arguna presona tu amor m-ha robao!

—¡No me diga eso,

que tengo en mi-s-ojos er llanto agorpao!

—No andes con rueos,

iselo de gorpe qu-está congojao.

—Que tu andas mu trigte y mu amarillo,

qu-has enflaqueció, qu-andas dejustao,

y eso no le pasa sino a los que andan

enamorigcaos.

—¡Madre!--¿Verdá, hijo,

que lo he devinao?

—Ustees se quivocan...

—Si no puees negarlo.

Si tienes la cara, e-n-este momento,

iguar qu-un madroño, de tan colorao.

—¿Y qué malo e-g-eso?

—¿Acaso tus padres t-han recreminao,

o t-han dao dejusto,
 o t-han regañao?
 —No, pero paece...
 —¿Qu-estamos asina como dejustaos?
 —Es que tu has debío peirnos premiso
 par paso qu-has dao,
 que po-r-argo semos nusotros tus padres
 y t-hemos criaio,
 y a saber tus cosas
 semos e-n-er mundo los más allegaos.
 —Tú debes icirnos
 si la mocosiña que t-ha trastornao
 es dirna d-estar
 junto a nuestro lao.
 Si es fea, no importa
 con tar de que tenga los padres honraos.
 Si es pobre, tampoco
 qu-e-n nuestra familia no hay enteresaos.
 —Vamos, hijo, habla.
 No te quees asina parao.

—Es mu probe y es mu güena;
 y es tan güena como honrá,
 y es más honrá que la virgen
 que sonriye e-n-el artaf.

De bonita no le igo
 más, que paece un lucero
 y que tiene tornasoles
 en las grenchas de su pelo.

Y si es dirna de venir
 a vevir en nuestro hogar,
 pronto podrán ugtés verlo
 porque me quiero casar.

.....
 —Me queé co-n-un parmo de boca abierta
 de ver lo fogosillo qu-está er muchacho.
 —Y yo estoy pasmaíta. ¿No te paece,

pa que se carme un poco, güeno es casarlo?
 —Lo casamos ¡Qué contra! Ya semos viejos
 y asina vendrán nietos con que alegrarnos.

.....
 —¡Ya están casaos; qu-alegría
 siento, Colás, po-r-el cuerpo!
 —Como dos tórtolos juntos
 durmirán hoy en su lecho!
 —¿Vite esta mañana
 cuando la boa llegó
 lo guapo, lo preciosos que venían
 emparejao los dos?
 —Razón tenía er muchacho
 cuando ijo a-l-hablar
 que su novia paecía
 la virjen sonriyendo e-n-el-artar,
 —En fin, ya s-han casao.
 Ya se cometió er daño.
 —Veremos lo que pasa
 cuantito pase u-n-año.

.....
 —¡Chiquitin de mi arma, aulloncillo!
 Mia, mia agüelito
 que se le cae la baba
 de verte tan bonito.
 —¡Y que quieres, Bastiana...!
 Estoy ta-n-orgullosos con-er niño
 que quisiera tener tres corazones
 llenitos de cariño
 pa darselo tos tres ar mocosiño.
 —¡Mocosiño t-ha dicho
 er tonto de tu agüelo!
 ¡Que no lo quieras! ¡Vaya...!
 ¡Mía, Colás, míalo jacer puchero!
 ¡Uy qué monino es jasta llorando!
 ¡Ay qué cacho de sor, de luna, estrella!
 Se paece a su padre.—No seas tonta,
 Se paece a ella.
 —Se paece a los dos.—Vamos, Bastiana,

que no entiendes ni cacho.

—¡Oserva y arrepara

que los do son los padres der muchacho.

—Tíees razón que te sobra.

Y como son tan güenos

tenían qu-echar al mundo cosas güenas...

¡Si no podía por menos!

¡SOLEDAD!

¡QUE trigte, qué trigte s' han güerto los campos
dende que la yerba
se secó e-n-er prao...
dende que er verano se jué de la tierra!

Ya er grillo no canta,
ni po la ribera
e-l-agua murmulla,
ni las golondrina se ven po la sierra.

¡Qué trigte, que trigte la majá-s-ha güerto
cuantito que ella
se jué de-l-aprisco...!
Hasta la-s-obeja con pena berrean,
y ya ni dan leche,
y s' ha güerto fea
su lana rizada...
y cuando rumean
y mueven la egquila
con mieno y arreparo paece que suena;
jasta las zagalas,
que anante cantaban formando un griegca,
cantan mu queíto,
como si temieran
que dende su tumba
gimosa la oyera
mi probe pastora
de mirá tan dulce, tan dulce y tan güena.

Que trigte s' ha güerto
mi chozo ajumao, de junco y aerfa,
porque ya en la lumbre ni cuece la olla,
ni alumbran las llamas, ni cruje la leña,
ni está hecha la cama

de ropa tan limpia, tan blanca y tan fresca,
cuando ella vivía...

¡Qué grande es mi pena!

Ahora cuando allego me encuentro la ropa
rebuja entre tierra...

Y cuando m' acuesto tan trigte y tan solo
y aluego dispierto soñando co-n-ella,
y atento a mi lao
y no está a mi vera.

Dios santo y que frío siento por mi-g-üeso,
y como se yela
de verme solito
la sangre en mis vena...

Y lloro queíto...

¡Qué pena, qué pena!

Y desesperao

quisiera morirme pa dirme co-n-ella.

Que loca y que mala
tengo la caeza.

¿Pos no que hablo solo?

¿Qué iría mi rebaño si asina me viera?

Cuando voy con mi ganao
pa los montes a pastar
tóita las cosas que miro
me convían a llorar

Llora, llora, dice-r-viento;
llora, llora, dice-l-agua...
Si llorando mucho, mucho,
mi pastora despertara
de ese sueño mardeció
mucho y juerte yo llorará,
más que llora
la tormenta en la montaña,
y gimiera
como er viento entre las jaras,
que es mu grande
la tormenta de mi arma.

¡Otra ve estoy difarcando...!
¡Qué loca y qué mala tengo la caeza!
¿Pos no que hablo solo?
¿Qué iría mi rebaño si asina me viera?

¡Es trigte, mu trigte lo que a mi me pasa!
¡Uy, que condenación!
O es que tengo mu chica la caeza
o es que tengo mu grande er corazón.

MIS ZAGALEJOS

¿PA qué viene ugté ar campo, señorito,
en metá de-l-invierno
co-n-este frío tan crúo
que trespasa lo-g-üeso?

¿No estaría ugté mejó
en su casa der pueblo,
rezongando ar caló de la cocina,
importándole un pito er mes de Enero?

¡Aquí está ugté tan trigte...!
¡Está siempre tan serio...!
¿Es que está dejustao?
¿Y paqué se dejusta ugté tan pregto?

¿Paqué viene ugté ar campo;
no vé que están los cerros
tos cubiertos de nieve;
que no hay flores ni yerbas,
y los riachuelo
llevan e-l-agua turbia,
y las londrillas
no alegran er sembrao ni los barbechos
con sus durces cantares,
tan durces y tan fregco...?

Ahora solo se oye
er triste rebumbeo
der cencerro que suena por los valles
o la voz der cabrero,
o er zumbío de lo-s-aires
entre los campos muertos,
o er chillío de la grulla
o er gragnío der mochuelo.

Que no venga ugté ar campo, señorito;
regüérvase par pueblo
qué allí no allega er frío de la sierra
que trespasa lo-g-üeso

.....

Que regrese yo al pueblo me repiten
con su bello lenguaje, rudo y fuerte.
¡No saben que de allí traigo en el alma
la frialdad de la muerte!

¿Cómo alegre he de estar si mis ardores
de juventud perdieron su ilusión.
Si de tantos dolores
tengo pedazos hecho el corazón?

Ese mundo maldito que he vivido
de seres que se dicen ser hermanos
está por la gangrena carcomido.
¡Cadáver es cubierto de gusanos!

Hastiado de él me vengo
antes de contagiarme con su hedor;
a vivir sin traiciones ni falsías,
ni envidia ni rencor.

En mis dulces pradillos
ansío purificarme
con aromas de brezos y tomillos
Alegra tú, tierno zagal, mis campos
con tu rabel sencillo,
y las dulces cadencias de tus cantos,
que al sonar de la esquila
dejan melancolía de camposanto
en las vegas tranquilas.

Vivir muy lejos de los hombres quiero
sin aspirar del mundo los hedores;
sin ambiciones locas
que siempre van envueltas
en odios, egoísmos y rencores.

Y feliz en mi retiro
seré mientras tenga yo
una esposa que me adore, unas flores en mi choza
unos hijos parladores
y un rayo ardiente de sol.

¡QUIEN PUDIERA IGNORAR..!

Ven-n-acá, Colasilla, corre, corre
arrima la caeza
ar palo de la vía
verag que ruío lleva.

A la jícara que tiene en la picota
donde e-l-alambre cuela
le pegué un peñagcazo dende lejo,
po-r-eso rebumbea
Arrima tú e-l-uído
mientras yo le gorpeo co-n-una piedra.
¡Bum, Bum! ¡Bum, Bum! Colasa:
¿No arreperas que suena
asina como un son de tamboriles,
de flauta, de cencerras;
y paece que dan grandes quejíos
y voces de una juerga,
sirbíos de mir zagales,
balíos de mir obejas...?
¿Pos no sabes, Colasa, lo que-s-eso
que forma tanta griegca?

Son las voces de un mundo mu lejano,
los partes de la guerra
que van por lo-s-alambres mu corriendo,
las cartas de los pobres que pelean
pa defendé una patria
que sirven, la ripuesta
de la madre que llora mucho... mucho...
er beso de la agüelay los trigte suspiros de la novia
que resirnada egpera.

Y eso sirvió tan grandes
son gritos de dolor, llanto de pena,
chillidos de cantar, de sufrimiento,
de alegría, de miseria...

¡¿Pero, lloras, muchacha?! ¡Vamos, tonta!
Defía ya la caeza...

.....
¡Tar vé digan mentira lo-s-alambre...!

.....
¡¡Mardita sea mi lengua...!!

MANUEL PECELLIN LANCHARRO